

Cyr, había dado siempre pruebas de un espíritu recto y de un valor á toda prueba. Conservaba el temperamento militar, el ademán resuelto y el carácter absoluto. Después de haber escrito libros de historia y colaborado en diversos periódicos, fundó el *Nacional* con Thiers y Mignet en 1830 para destronar á los Borbones y preparar el advenimiento de los Orléans. Después de apoyar, con sus simpatías, dos años á Luis Felipe, Armand Carrel, que llegó á redactor en jefe de su periódico, denunció las medidas retrógradas del gobierno y repudió su alianza con la monarquía cuyo infructuoso ensayo desaprobaba. Figuró entre los primeros periodistas de su época por sus cualidades de sobriedad, de nitidez, de vigor y claridad, por su lengua pura y llena de color, por su energía tranquila y fría, por su sinceridad generosa y su altivez. Con sus instantos de combatividad provocaba los actos y ocasiones de resistencia, de desafío al gobierno y de arengas atrevidas ó de artículos agresivos. Se le llamó el Bayard del periodismo.

Cuando Émile de Girardin fundó la *Presse*, Armand Carrel desaprobó semejante promiscuidad de obras y de anuncios. Sus amigos del *Bon Sens* no tuvieron gran trabajo para lanzarle á la polémica que habían entablado. Sabido es lo demás; el leader de la *Presse* levantó con altanería el guante de su colega y un duelo fatal dejó heridos en el camino de Saint-Mandé, en el bosque de Vincennes á Armand Carrel y á Émile de Girardin: el primero no debía levantarse. Hay que leer en las conmovedoras páginas escritas por Luis Blanc y Littré el relato de este duelo cuyo recuerdo está vivo todavía.

Girardin, herido primero, gritó: « ¡ Estoy herido en la pierna! » mientras que tiraba á su vez y á su grito respondía el de Carrel: « ¡ Y yo en la ingle! » Mientras llevaban á Carrel hasta el carruaje, preguntó á su adversario tendido en el suelo: « ¿ Sufre Ud. Sr. de Girardin? » Éste respondió: « Deseo que no sufra Ud. más que yo. » Ambos adversarios apenas se conocían, no se odiaban y se estimaban.

Carrel murió por una idea, como un paladín. ¡ Qué cuadro punzante, el de aquella muerte! Carrel fué conducido hasta la puerta del bosque á casa de un amigo después de haberse despedido de su matador con estas palabras generosas: « Adiós, caballero. No le guardo á Ud. rencor. » En aquel momento pasaba por allí un anciano militar, y Carrel le preguntó: « Ud. que ha servido ¿ ha sido herido alguna vez en el vientre? — No, caballero, únicamente en el brazo y en la pierna, pero he visto varios de mis camaradas heridos en el vientre y han curado. — ¡ Mala herida es ésta! » añadió Carrel.

¡ Qué escena lúgubre, la que se desarrolló en el cuartito en que le depositaron en casa del Sr. Peyra. Quiso subir la escalera por su pie. Después vinieron la peritonitis, la fiebre, el delirio y la ceguera que le iba invadiendo las pupilas. ¡ Luz! ¡ Luz! Quiso á toda costa tomar un

baño, y hubo que llevarle á la bañera en donde sintió un ataque de ahogo. Volvieron á colocarle en la cama, y murmuró: « ¡ Francia! ¡ República! ¡ Amigos! ¡ Libertad! » y expiró.

Émile de Girardin llevó noble y dignamente luto por aquella muerte de que no podía hacerse responsable. Había sido el primero en recibir el disparo de su adversario y supo mostrarse afligido en su victoria. Cuando Dujarier pereció algunos años después en 1844, pronunció sobre su tumba palabras que le honran.

Si he venido, decía, no es únicamente para expresar vanos sentimientos de pésame y para rendir un piadoso homenaje á las raras cualidades que me habían hecho reconocer y honrar en él relaciones, cada una de las cuales era una prueba diaria y decisiva. Pero colocado entre la tumba que está á mi vista y la que *permanece abierta y oculta en mi corazón*, siento que tengo que llenar un deber imperioso, deber demasiado doloroso para no ser solemne. Que estas palabras: *voy á batirme en duelo por la causa más fútil y absurda*, escritas con mano tranquila y firme por Dujarier una hora antes de ser herido mortalmente, no se borren jamás de nuestra memoria. Sé que á ninguno menos que á mí corresponde en esta dolorosa circunstancia pronunciar aquí los nombres de la Religión y de la Razón; por eso no vengo á hacer oír su lenguaje elevado, sino el humilde lenguaje que me corresponde...

Hay que relacionar con la declaración que hizo en este día, las palabras que dijo tres años más tarde en la ceremonia expiatoria organizada por los saintcirianos á la memoria de Armand Carrel. Figuró entre los primeros y su corrección y su lenguaje fueron perfectos y llenos de tacto.

#### CIUDADANOS:

Al venir á tomar parte en esta grave y dolorosa solemnidad ninguno de vosotros dejará de comprender el sentimiento que me guía. Respondo al noble llamamiento que se me ha dirigido y que no podía menos de honrarme, porque no era seguramente tratar mi corazón como un corazón vulgar. Era decirme que no se dudaba ni de la sinceridad ni de la duración del duelo que, en otras circunstancias, no había vacilado en hacer público. Si el pesar que experimento por la pérdida fatal y prematura del ciudadano eminente que había dado á sus creencias republicanas el doble brillo de su raro talento y de su valor probado, fuese susceptible de aumento, habrían contribuido á aumentarlo los acontecimientos que acaban de realizarse. Decir que el ciudadano Armand Carrel ha hecho falta en éstos acontecimientos es rendir á su memoria el más lisonjero homenaje. Mejor dicho, es el homenaje más digno de ella que podemos rendirle el pedir al gobierno provisional que acaba de gloriarse aboliendo la pena de muerte, que complete su obra proscribiendo el duelo.

Sainte-Beuve ha hecho notar con exactitud los términos del paralelo entre ambos.

El uno hombre de espada, republicano más teórico que práctico, conocedor



de la historia, relacionado con los antiguos partidos que tenían sus principios pero también sus predilecciones, sus antipatías y sus odios, procurando combinar y anudar en un solo haz más de lo que seguramente es dado conciliar, representaba con un talento vigoroso y de los de mejor temple á la prensa severa, proba, pero cerrada, exclusiva, espantadiza y desconfiada, algo sombría, á la prensa á la vez liberal, guerrera, patriótica y antidinástica; es decir menos aún un conjunto de doctrinas ó un sistema de ideas que una posición estratégica y un campo atrincherado.

El otro representaba, por la misma época, el espíritu de empresa, la innovación atrevida, inventiva, el espíritu económico y verdaderamente democrático, la necesidad de publicidad en toda su plenitud y prontitud, los intereses, los negocios, los números y las cifras con los que hay que contar; la confianza que es el alma de los grandes éxitos; el acceso libre á todos, la ausencia de toda preocupación contra las personas, incluso la dinástica, la indiferencia en cuanto á los orígenes con tal que hubiese valor, utilidad y talento. Era uno de los corifeos y de los zapadores de ésta sociedad moderna que no es ni legitimista, ni carbonaria, ni jacobina, ni girondina, ni nada que se refiera al pasado, y que rechaza esas denominaciones antiguas y anticuadas ya; que lucha por sí misma, por su desarrollo, por su progreso, por su expansión en todos sentidos y por su bienestar; que, por consiguiente, está por la paz, por todo lo que la procura y asegura, y por todo lo que nace de ella; que hubiera adoptado de buen grado como programa no el desquite de los tratados de 1815 ó la frontera del Rin; sino ante todo los *ferrocarriles*.

Emilio de Girardin cayó en la cuenta de que uno de los primeros deberes del publicista es poseer el genio de la publicidad. ¿Cuál fué su papel? Si se trata de poner en claro la parte de su influencia, se siente desconfianza cuando se lee el título de una de sus últimas obras que coronaron su carrera: *la Impotencia de la Prensa*. ¿Es éste pues el término á que van á parar tantos esfuerzos enérgicos y sobrehumanos, tanta actividad gastada, tantas cuestiones promovidas y resueltas, tantos ataques, respuestas y polémicas?

La prensa es un poder cuya acción buena ó fatal es siempre considerable. Si Girardin quedó descontento de los resultados de su carrera debe atribuirlo á sí mismo y no á la institución. Se obra sobre las masas con las ideas generales y con los sistemas lógicos. Á Girardin le faltó la doctrina. Fué el hombre de cada día y su talento se componía más bien de oportunidad que de constancia, de arrebato más bien que de paciencia. Las soluciones son más bien improvisadas que meditadas y no tiene gran empeño en ellas, como se vió cuando suspendió sus ataques contra Guizot á condición de obtener la pairía para su hermano. Es el ejemplo de la insuficiencia de una pluma que no tiene á su servicio ni una teoría profundamente meditada y fija, ni una elocuencia sólida. Para ser eficaz, la tinta del polemista tiene necesidad de arrastrar grandes ideas. Fracasó en las elecciones para la Constituyente; ni el poder ni el pueblo le confiaron sus destinos; ni la monarquía cons-

titucional, ni la república, ni el imperio trataron de atraérsele, aunque ofreció sus servicios á todos los regímenes: tenía fama de hacer más ruido que trabajo útil. Buscó más el brillo que la profundidad; fué un ejecutante de mérito que todas las mañanas hizo admirar el atrevimiento y la destreza de sus paradojas. Espíritu vivamente impresionable y espontáneo, cayó en las contradicciones por culpa de su rapidez. Su línea política fué ondulante. Aceptó de antemano cualquier forma de gobierno como un hecho.

Una segunda causa de la esterilidad de su obra, por cierto la más extraordinaria, es su fecundidad. Tuvo demasiadas ideas y ninguna dió en el hito. Su espíritu era demasiado frondoso. Había en su periódico *la Prensa*, una sección titulada: *Una Idea por día*, lo que arroja 365 ideas por año. Es demasiado.

Representó sin embargo un papel activo en los negocios de su tiempo. Las ideas que brotaban las adaptaba á su fórmula. Á pesar de su número, se alineaban como pelotones diseminados en las frasecillas cortas, nerviosas, cuyo secreto poseía y cuya fuerza conoció.

Emilio de Girardin definió el poder de las palabras:

El poder de las palabras es inmenso. No hay tal vez otro mayor en la tierra. Con frecuencia una frase feliz ha bastado para contener á un ejército que huía, convertir la derrota en victoria y salvar un imperio... Hay palabras soberanas, las hay más poderosas que un monarca y más formidables que un ejército. Hay palabras usurpadoras como por ejemplo las que, adornándose con una acepción falsa, llaman *poder* á lo que es *abuso*, ó *libertad* á lo que es *exceso*, *gloria* á la *guerra*, *fe* á la *persecución*. Tales palabras pueden sembrar la propaganda, extraviar los espíritus, sublevar á los pueblos, conmover los tronos, romper el equilibrio de los imperios, perturbar el mundo y retardar cien años la marcha de la civilización. Hay palabras llenas de vida como hombres, temibles como conquistadores, absolutas como déspotas, despiadadas como el verdugo; por último hay palabras que pululan y que una vez pronunciadas, corren inmediatamente de boca en boca. Hay otras palabras que, tomadas en mal sentido, enervan, hielan y paralizan á los más fuertes, á los más ardientes, á los más útiles, á los más eminentes, en fin á todos aquellos sobre quienes caen, palabras más funestas para el país que no las rechaza, que la pérdida de una batalla ó de una provincia.

Es el hombre de la palabra. En febrero de 1867, había dicho Rouher en la tribuna: « Hemos llevado gradualmente al país, año por año á destinos mejores... »

Girardin se apodera de la frase y escribe bajo el título: *los Destinos mejores*, un artículo que causó sensación, que le hizo condenar, á 5.000 francos de multa y le permitió firmar durante algún tiempo sus artículos: « El condenado del 6 de marzo. »

La expresión incisiva, la mordacidad, la facundia, los recursos inagotables del polemista, dispuestos como en un arsenal, los argumentos



redundantes, los excesos en que incurrió, por falta de buen gusto, las fórmulas felices de fondo sólido y de buen cuño, una vivacidad intelectual y comercial que recuerda á Beaumarchais: tales son los rasgos esenciales de esta figura de periodista. Recogió en volúmenes la mayor parte de sus artículos. En toda esta masa, no se encuentra ni delicadeza de estilo, ni sentido literario, pero sí una riqueza sorprendente de conocimientos y el sello de un espíritu abierto á todos los horizontes del saber humano. Sus enemigos han señalado este rasgo apoyándolo demasiado y con negros colores, según correspondía á su papel.

Es un corredor de ideas, de estilo, de arte, de filosofía, de diplomacia que todo lo toca sin marcar su huella, que toma el ruido por la gloria, el éxito por la moral y que rebuscando y disputando con esa facundia francesa, saca bastante partido de las debilidades de todos los bandos para que los papanatas de cada partido le crean superior á la opinión que detestan. (*Ferragus.*)

En suma fué un hombre maravillosamente armado para su oficio; el cual es, como él mismo tuvo ocasión de observarlo y de escribirlo, impotente para obrar sobre las masas cuando no se funda en una poderosa y sólida instrucción y en un sistema razonado, cimentado en el estudio y la meditación.

Bajo el segundo Imperio los periódicos de la oposición eran los más elocuentes. El ataque es siempre más brillante que la defensa. En la derecha figuraban *l'Union*, *la Gazette de France*, *le Courrier du dimanche* y *l'Univers*.

El gobierno imperial tenía *le Constitutionnel*, *le Pays*, *la France* y *le Siècle* de M. Havin. Los republicanos luchaban en *l'Avenir national*, *les Débats* y *le Temps*. El conde de Chambord había confiado la dirección de *l'Union* al conde de Riancey, que tenía á su lado á Laurentie, nacido el día de la muerte de Luis XVI. Era aquella la época de los *Nettement*, de los Poujoulat, Baptistin y Augustin, el que quemaba sus largos cabellos en los candelabros de la chimenea contra la que se apoyaba, en los salones; d'Escande, á quien Felix Pyat llamaba « viejecillo escarpado y tortuoso ». Granier de Cassagnac, M. de La Guéronnière, John Lemoine, Neftzer, el fundador del *Temps* y del sistema de corresponsales extranjeros, el erudito Coquille, formaban una falange densa y fuerte de la que se destacan algunas fisonomías especiales. En primer lugar Veillot, que escribió este cuento:

« Había una vez, no un rey y una reina, sino un obrero tonelero que no

poseía en el mundo más que sus herramientas y que llevándolas el invierno á través del lodo, y el verano bajo el ardor del sol, se iba á pie de ciudad en ciudad y de campo en campo fabricando y arreglando toneles, cubos y cubas. Se llamaba Francisco; había nacido en Borgoña, no sabía leer ni conocía más que su oficio.

Y añadía « era mi padre », con el orgullo del advenedizo que hace sonar sus cuarteles de *villanía*, como decía Proudhon. Nació en 1813; su madre tenía una taberna en Bercy. Hizo estudios muy sumarios en la escuela *mutua*. En un principio fué recadero en un gabinete de lectura; llevaba paquetes de libros y los leía por el camino. Desde muy temprano hicieron sus delicias Pigault-Lebrun y Paul de Kock, que fueron sus primeros maestros. Entró luego como empleado en casa del padre de Casimir Delavigne; vió allí á algunos literatos, se sintió picado por la tarántula, empezó á escribir, enseñó sus lucubraciones á Fulgencio que las aprobó y le hizo entrar en un periódico de provincias; tenía 17 años. Sintió despertarse su vocación de polemista, puso burletes en su crítica teatral, atropelló todo y á todos, tuvo duelos y más duelos, compuso novelas á lo Paul de Kock, bebió champagne con Romieu, defendió al general Bugeaud que acababa de matar en duelo á Dulong, estudió los clásicos<sup>1</sup> para aprender á escribir y se plantó como un guerrillero de pelo en pecho. Decía de sí mismo recordando aquella época: « ¡ Era yo entonces una bala de cañón! » Poco después lo tomó á su servicio el gobierno del justo medio que trataba de establecerse después de la revolución de Julio y que tenía necesidad de defensores. « Sin ninguna preparación, cuenta Veillot, me hice periodista. Me hallé del lado de la Resistencia, pero con el mismo gusto hubiera estado del lado del Movimiento. » Escribía á derecha é izquierda, no siendo, como él mismo dijo, « más que uno de esos condottieri de la pluma que pasan alternativamente de un campo á otro para vender más bien su inactividad que sus trabajos ».

Después de su viaje á Italia, embriagado por el perfume de Roma, y hastiado de los olores de París, se lanzó resuelta y sinceramente en brazos de Cristo de quien fué un dogo más que un terranova.

Cuando fué nombrado secretario del mariscal Bugeaud á quien había defendido en otro tiempo y que le llamó á Argelia para ayudarle á administrar la colonia, el mariscal tuvo que despedirle diciendo: « Veillot no es bueno más que como polemista; es un libelista y nada más. » No podía darse juicio más sano.

Veillot vivirá en la historia con los rasgos con que le presentó Gill en sus caricaturas á la pluma, con su ancha cara picada de viruelas

1. Entre nosotros Trueba siguió análogo procedimiento pero; cuán pocos le imitan!; Cuántos de los escritores jóvenes, no sólo no leen á nuestros clásicos, sino que se jactan de desconocerlos! (N. del T.)



como un Mirabeau eclesiástico. Nadar le representó un día bajo la forma de una espumadera con un sombrero.

Cualquiera que sea la variedad de los partidos á quienes sirvió alternativamente (los sirvió á todos), Veuillot será siempre el campeón desvergonzado del partido católico; es la transformación que persistió más tiempo y bajo la cual le ha esterotipado la historia; es el Veuillot que se vengaba de la espumadera de Nadar gritándole el día en que el ilustre aeronauta partió en el globo *le Géant*: « ¡ Si hay peligro, echad el ancla hacia lo alto! »

Después de su viaje á Roma y de su conversión, defendió á Cristo dando porrazos con el báculo y el crucifijo, como un monje soldado. Apoya su ironía sangrienta en la fe y se aferra á ella para flagelar al siglo, para cañonear y barrer la sociedad, para llevarlo todo á sangre y fuego. Posee una virulencia copiosa. Emile Augier decía de él: « Es el apaleador delante del arca que canta el *Dies Iræ* con una flauta de caña. »

La imagen es exacta excepto la flauta; porque sus gritos y sus alulayas hacen pensar más bien en la trompa fúnebre que en la fiesta de Saint-Cloud. Veuillot había vistomás netamente su propio papel cuando lo definió:

Había en la primitiva iglesia portadores de la buena nueva, que corrían por los caminos llevando en la mano un garrote. Los caminos de entonces no estaban seguros y á veces tenían que servirse del garrote. Yo soy como ellos, portador de la buena palabra, tengo mi garrote y ¡pardiez, me sirvo de él!...

El mundo visto á través de su óptica especial adquiere deformaciones extrañas y hace horribles muecas. Lleva y ostenta « el odio de su país »; es el Alceste de la crítica, que á nadie perdona; Molière es un gorrión lascivo, Jean Jacques es una especie de loco; tiene aversiones vigorosas que trata de justificar: odia á Marco Aurelio, « porque no dió muerte á su hijo Cómodo »; odia á Carlos IX « porque no degolló bastantes hugonotes ». Hablando de los judíos dice « hay que arrancarles, no solamente el oro, sino la piel ». Era aquello el *compelle intrare* á horconazos y á puntapiés. M<sup>sr</sup> Dupanloup no podía con él. Veuillot tenía vocación de periodista de férula y lo ha confesado en su novela: *L'Honnête Femme*:

¡ Qué gusto, zurrar la badana á ese rebaño de farsantes ilustres y venerados! ¿ Creería alguien al verlos cubiertos de cabellos blancos, de cruces de honor, de anteojos de oro, de telas y casacas bordadas, orgullosos, bien comidos, dueños de esa sociedad que administran, juzgan y devoran... creería alguien que sus cálculos sufren alteración ó que turba su sueño el ruido del látigo con que ellos mismos han armado á un pobre diablillo sin nombre, sin fortuna y sin talento? Gordos odres, hinchados por el engaño y la usura,

ya sabré sacar de vosotros algo que supla por el remordimiento... Creéis que no hay Dios; pero hay un periodista, un muchacho — ...porque al fin, no soy más que un muchacho... En realidad, no sé hasta qué punto valgo más que ellos... Hago oficio de verdugo y no estoy absolutamente seguro de hacerlo por conciencia.

Veuillot no tuvo solamente la brutalidad como patrimonio. Fué un observador vivo, rápido y sincero, un retratista consumado. Sus croquis de parlamentarios, en la época en que fué folletinista de las Cámaras, son siluetas llenas de agudeza y malicia; se echa de ver que ha leído á La Bruyère y releído á Lesage. Cuenta que, en el tiempo de su juventud, hojeaba los volúmenes en voga de Michelet, de Janin y de J. Sand; estuvieron á punto de echarle á perder, pero fué salvado por *Gil Blas de Santillana*. Apenas leído este libro « le inspiró asco la facundia moderna, la novela de tesis, la novela de pasión y todo lo absurdo y todo lo enfático que tanto le había gustado ». Es una conversión literaria que honra á *Gil Blas*, cuyo ademán sencillo y natural surtió más efecto que la afectación y la complicación.

Sólo es de sentir que Veuillot no le guardase un poco más de agradecimiento. *Gil Blas*, como todos los demás, recibió su paliza y, desde el punto de vista religioso, le declaró « un mal libro ». ¡ Hasta halló en él veneno! He aquí un descubrimiento que hubiera maravillado al dulce Lesage.

¡ Qué carrera tan llena y qué actividad desde 1843 y desde el período de Luis Felipe en que polemiza acerca de la libertad de la enseñanza y de la cuestión de los jesuitas, hasta el Imperio en que empieza admirando para acabar azotando! No tuvo gran eficacia; ligado con la corte de Roma contra el episcopado, Veuillot tuvo el dolor de asistir á la pérdida del poder temporal del papa; su lucha por la monarquía no fué más feliz, y murió sin haber podido aplicar la divisa de su bandera que blandió durante cuarenta años sembrando chispas sobre las instituciones: « Cristo, solución de todas las dificultades ».

¡ Qué maravillosa figura también la del conde Enrique de Rochefort de Luçay, que abandonó sus cuarteles de nobleza para adoptar y ostentar sus cuarteles de plebeyez, ese Rochefort demacrado y pálido como un asceta, de cara larga y puntiaguda, huesosa y enérgica, coronada por un tupé algodonoso, con ojos penetrantes y vivos, luchador nervioso y violento, cuyos duelos y heridas son innumerables, que manejó la injuria con destreza pródiga propia de un postillón que hace restallar sulátigo, cuya vida ofrece más aventuras que la novela de un conjurado! Motines, triunfos, insultos, prisión, multas, deportación, cautiverio en una fortaleza, estancia en la Nueva Caledonia, evasión romántica, matrimonio en un convento, huidas bajo un disfraz, destierros repetidos, publicación clandestina, libelos introdu-



cidos subrepticamente por la frontera, todo lo ha pasado y sus memorias parecen una ficción.

Ha obrado por medio de la pluma y su influencia fué considerable. Contribuyó á derrocar el Imperio cuyos cimientos zapaba vigorosamente en *la Lanterne* y en *la Marseillaise*, mofándose y burlándose del poder, hiriéndolo y azotándolo. Es un violento, una cabeza exaltada, un febril, amigo de la violencia, maneja el libelo como una espada; es el condottiere del periodismo. Tal es su naturaleza, su estilo es un puñal. Estando en el liceo, escandalizó un día al arzobispo Sibour, leyéndole unos versos republicanos con motivo de la primera comunión. Tiene sorpresas violentas, y llenas de ingenio, posee energía, nervio, indignación elocuente. Representó la oposición más intransigente bajo el Imperio. Triunfó y la República le sacó de la cárcel para llamarle al Consejo. La Commune fué demasiado lejos, para su gusto; la censuró y fué vilipendiado por Flourens: la Revolución devora á veces á sus hijos.

Había reclamado la República bajo el Imperio. Bajo la República, luchó en nombre de los radicales, contra el oportunismo.

Estas naturalezas nacidas para luchar, para atropellar y demoler necesitan siempre un obstáculo; el vacío las reduce á la inercia. Para pegar hay que encontrar una resistencia. Rochefort, cuya actividad dormitaba, recobró el ardor de sus mejores días con la aventura del *Boulangismo*. Salpicó de lodo al gobierno, prodigó injurias y divirtió al público con la pintoresca y brutal variedad de sus epítetos, que vertía á cántaros sobre los cráneos de los gobernantes<sup>1</sup>.

Al lado de estos leaders, habría que evocar y hacer comparecer á muchos otros escritores de elevado estilo, que fueron periodistas en ciertas épocas: á Prévost-Paradol, normalista de ingenio brillante, que, en el *Courrier du Dimanche*, hostigó al imperio con su ironía altanera, para aceptarlo más tarde, alucinado por las formas constitucionales; que puso el dedo en las llagas del país, que denunció la desorganización militar, los pródromos de guerra, la democracia que rugía sordamente y se mató en Washington persuadido de que el suicidio es un medio cómodo para salir de dificultades; á Louis Blanc, ese español humanitario, fundador del *Bon Sens*, que se convirtió en fautor de la asociación solidaria. Mártir de una Asamblea enloquecida el 15 de mayo, promovedor de una doctrina de amor y de abnegación, cuya fórmula falsa era la misma de los conventos: « Á cada uno según sus necesidades y de cada uno según sus facultades », fué un hombre íntegro, puro, bondadoso que soñaba con el bienestar del pueblo y proponía, en medio de la dulzura de su alma, después de la guerra

1. Rochefort es uno de los escritores que más se han distinguido (siempre que la ocasión se le presenta) en sus diatribas y calumniosas violencias contra España. (N. del T.)

franco prusiana, que se agregase una paloma á las armas de la ciudad de París en recuerdo de las palomas mensajeras del sitio.

El austero Eugenio Pelletan, el denunciador de la nueva Babilonia, fué el tribuno de una predicación militante, como su Jarousseau del *Pastor del desierto*. Su pluma se muestra irritada; es el Alceste del segundo Imperio, pesimista y puritano. El antiguo secretario de Lamartine había conservado la elevación de ideas y el sentido de la dignidad.

Con las cejas erizadas, la barba larga, la estatura elevada, y algo encorvado de espaldas, ponía su pluma viva y cruel al servicio de sus principios fijos. Se separó de Jorge Sand, cuando desempeñaba el cargo de preceptor de su hijo, por una cuestión de filosofía, por un disentimiento acerca de *Lucrezia Floriani* y acerca del papel de la mujer, que él deseaba fuese discreto. Con ruda ironía refería haber visto en el Mediodía el 15 de agosto, encima de la puerta de un tendero, la siguiente inscripción: « No soy yo, es mi mujer la que pone iluminación. » No quería que la mujer iluminase, cuando el marido no tiene ganas de iluminación. El autor de la *Charte du foyer* fué un escritor de raza y al mismo tiempo un hombre honrado<sup>1</sup>.

¡ Cuántos otros podríamos citar aún en diversos campos! El belga Francisco Magnard, que primero fué pegador de fajas en el *Figaro*, y que más tarde rescató las libertades de su *Abbé Jérôme* con una política más conservadora, defendida día por día en notitas que llamaban mucho la atención, llenas de buen sentido, de exactitud y de un ligero escepticismo; sucedió dignamente á Villemessant en la dirección del *Figaro*.

En el campo opuesto vemos á Jules Vallès, el fotógrafo excéntrico de las mujeres con barba y de los héroes de feria, el portavoz de los refractarios, el Homero de la calle<sup>2</sup>, mal dispuesto para este papel por sus primeros estudios de preparación para la Escuela normal y por su cargo de secretario de Gustavo Planche, rebelde que tuvo el horror elocuente de la pobreza; por lo demás era un buen corazón y un amigo fiel que dejará en las letras el recuerdo de un bohemio endiabrado enamorado de realismo brutal y de sueños comunistas.

La Prensa literaria, más libre en sus movimientos que la política, tuvo gran esplendor en la primera mitad del siglo. — La *Muse française* y la *Minerve* debieron su fama á su brillante redacción. Fué

1. Su obra *El Mundo marcha* ha sido traducida más de una vez en castellano. (N. del T.)

2. Alude el autor á uno de sus más curiosos libros titulado: *La Rue* (La Calle). (N. del T.)



aquella la época de los brillantes estudios que aparecieron en las hojas públicas y que releemos aún. En aquel tiempo el periódico costaba caro y no llegaba á la multitud; se escribía para una clase selecta. Hubo periodistas de muy gran valor, como los críticos del *Journal des Débats*. El escritor, en sus trabajos tenía en cuenta una doctrina, la suya, é ideas generales, sin perder de vista lo absoluto. Cuando Geoffroy, abate de corte y preceptor de los hijos del hacendista Boutin, entró en la prensa, era ésta puramente literaria. Dirigió primero *l'Année littéraire* donde supo continuar las tradiciones de causticidad establecidas por Fréron. Él creó en el *Journal des Débats* el folletín dramático de que sólo habían dado ligera idea los *Exámenes* de Corneille, la *Critica de la Escuela de las Mujeres* ó los *Comentarios* de Voltaire. Por lo demás, mezcló en ellos toda clase de polémicas y ejerció una gran influencia, haciendo y deshaciendo reputaciones, sentando su pesada mano sobre los que le desagradaban, favoreciendo las intrigas de bastidores, encendiendo la guerra entre los partidarios de la Srta. George y los de la Srta. Duchesnois, presentando á Lafon como rival de Talma, que fué á abofetearle y dando demasiadas pruebas de venalidad, de parcialidad, de rudeza ó de adulación hasta el punto de ser puesto en coplas. Se le llamaba Geoffroy *l'Asnier* (el Asnero). Fué detestado y temido, como lo prueba el siguiente epigrama hecho después de su muerte:

Nous venons de perdre Geoffroy.

— Il est mort? — Ce soir on l'inhume.

— De quel mal? — Je ne sais. — Je le devine, moi;

L'imprudent par mégarde aura sucé sa plume<sup>1</sup>.

Sucedíole Duviquet, que escribió excelentes artículos, difíciles de encontrar hoy, porque no los reunió en volumen. Dorimon de Feletz, redactor en casa de los Bertin, sus antiguos condiscipulos, fué un adversario hábil de los filósofos del siglo anterior; nutrido en la tradición clásica, y entregado en cuerpo y alma al servicio de Luis XVIII que le nombró inspector de Academia, unió á una gran solidez de principios un gusto clásico y severo, secundado por un buen estilo; trabajaba por la restauración del sentido moral, del que no era seguramente el más elocuente apóstol, pero del que fué eficazísimo propagandista con su asidua frecuentación de la sociedad y de los salones. Sabía mejor que nadie lo que la sociedad quería, porque lo oía de su propia boca; su amigo Villemain pudo tomarle como centro de un

1.

Geoffroy de morir acaba.

— ¿ De veras? — Hoy se le inhuma.

— ¿ De qué? — No sé. — ¿ De su baba!

Sin pensar, chupó su pluma.

excelente y vasto estudio acerca de los círculos de entonces, que él frecuentaba: el salón diplomático de la Sra. de Montcalm, el de las Sras. de Duras ó de Saint-Surin; era muy conocido y ejerció durante treinta años tanto en los *Debates*, como en el *Mercurio*, una magistratura literaria.

Las brillantes tradiciones del periodismo de la Restauración fueron continuadas, en primer término por Villemain; con su cráneo desnudo y abollado, su cara surcada de arrugas, y en la que brillaba la inteligencia; por el sabio Fauriel<sup>1</sup>, por el rígido Nisard, por el amable Saint-Marc Girardin, el historiador de la literatura dramática y de J.-J. Rousseau; por Emilio Deschanel, el amable profesor del Colegio de Francia cuyo nombre tiene hoy brillante representación; y por Theophile Gautier, de quien antes hablé y que hizo periodismo alimenticio. El folletín era para él el martirio y el pan cotidiano. Veía llegar su hora con angustia y sufría escribiéndolo. Tuvo la imprudencia de manifestar su hastío á propósito de la muerte del poeta Chaudesaigues « que se hizo crítico por falta de pan, como todos nosotros ». Su director Emile de Girardin le echó una buena filípica. Gautier decía á sus amigos á este propósito:

Por toda respuesta no me quedaría más recurso que presentar mi dimisión de redactor de la *Presse*; pero no quiero, sufro la afrenta, y esto solo afirma que he tenido razón en decir que, por falta de pan, el poeta se ve reducido á hacer trabajos que le son antipáticos; no, no le puedo tirar mi folletín á las narices á Girardin, porque no tengo otro medio de vivir y de mantener á los que viven de mí.

Sacó poco provecho de su pluma y esta probidad hacía sonreír de lástima á aquel gran emprendedor de negocios Girardin, que decía cínicamente:

Gautier es un imbécil que no comprende nada en materia de periodismo: le puse una fortuna entre las manos; su folletín hubiera podido producirle treinta ó cuarenta mil francos por año, y jamás le ha producido un sueldo. No hay director de teatros que no le hubiera señalado una renta con tal de tenerle por vocero.

Fiorentino fué otro escritor caprichoso, pero de más modesto vuelo. Era un verdadero periodista en toda la extensión de la palabra, y no ha sobrevivido. Téngase por verdaderamente digno de este título al escritor que sabe hallar la frase oportuna en un momento dado, que sabe colocarse á la temperatura exacta de la opinión en hora determinada, que vibra al unísono de la multitud fluctuante en todos los momentos,

1. Fauriel fué uno de los espíritus más profundos de su tiempo. Conocía á fondo nuestra literatura y ha dejado acerca de ella, notabilísimos trabajos. (N. del T.)



pero cuya prosa ardiente y confortadora en un momento dado, se convierte, pasada la actualidad, en lava petrificada. Los periodistas se condenan por su oficio á que nadie los vuelva á leer.

El pintor y el poeta dejan, al expirar, herederos inmortales, pero los periodistas son como los cantores; no dejan tras sí más que un recuerdo. No se puede ser á la vez el hombre del momento y el hombre de siempre. Éste fué el caso de Fiorentino. Sabemos por nuestros padres que tuvo gran éxito, pero ya no le leemos. Es una figura pintoresca en la historia del periodismo este italiano, de quien dijo Emilio de Girardin un día: « ¡Es italiano, luego debe ser músico! » Y le confió la crítica musical.

Tenía una doble y simultánea colaboración en los dos periódicos que se disputaban las barbas de su pluma, *el Constitucional* y *el Monitor universal*. Daba al primero estudios de amplio vuelo, artículos de arte puro firmados por Rouvray; en el otro periódico trataba los mismos asuntos pero con tono fácil, regocijado, incisivo, y paradójico. Durante quince años desempeñó este doble papel, fué el maître Jacques del periodismo, el *Janus biformis* de la prensa, el crítico volante, el cazador ligero del arte, pontificando en un lado, discreteando en otro y volviendo á su sacerdocio después de algunas bromas.

Entre los entremeses con que se adornaban los periódicos, como charlas, crónicas, folletines teatrales, aparecía un brote que iba á convertirse en bosque, — la novela-folletín con Alejandro Dumas padre y Eugenio Sue.

El Segundo Imperio no se vió menos favorecido. Paul de Saint-Victor, en *le Pays*, en *la Presse*, en *le Moniteur universel*, y en *la Liberté* dió al mundo el espectáculo incesante de una fantasmagoría centelleante, de una resplandeciente lluvia de metáforas. El antiguo secretario de Lamartine cegaba con su brillo y con sus lentejuelas á su antiguo patrón que decía: « Cada vez que leo algo de Saint-Victor me siento apagado. » Tuvo una prodigiosa riqueza de vocabulario é imágenes, pero careció de tacto y medida; fué sobrado pródigo y no supo escuchar el consejo de Fenelon de que no hay que cargar una tela con exceso de dibujos:

El gusto exquisito teme el exceso en todo, sin exceptuar el ingenio. Éste produce gran cansancio desde el momento en que se prodiga y se nota afectación en él. El saber usarlo con moderación es buena prueba de que se posee. Un autor que tiene demasiado ingenio y que quiere tener cada vez más acaba por cansar y fatigar al mío. No quiero tener tanto; si mostrase algo menos me dejaría respirar y me causaría más placer. Tantos relámpagos me deslumbran y busco una luz suave que sirva de alivio á mis débiles ojos.

Paul de Saint-Victor no nos deja respirar y su lectura fatiga. Como

los preciosos del hotel de Rambouillet, no abandona una metáfora hasta haberle sacado todo el jugo; como Séneca, no suelta una idea hasta que la ha expresado cinco ó seis veces más con comparaciones nuevas y variadas; pateo, se divierte, hace fuegos artificiales, lanza manojos de cohetes y esmalta con puntos de oro su campo de experimentación. Sus ideas y sus comparaciones chocan entre sí; es un torbellino en que se arromolinan los seres y las cosas, que braman con frecuencia por verse juntas; descubre é inventa relaciones sorprendentes, compara á Antígona con María Magdalena, al papa León X con Temistocles ó á Piron con el profeta Isaías, y parece proponerse afirmar únicamente la originalidad de su pensamiento con su persistencia en hacer una mezcolanza de las tradiciones cristianas con el paganismo helénico ó con las antiguas religiones de Oriente. Es un estilista que ha leído los libros y visto los cuadros de que habla; pero es también un lírico que jamás abdica de su interesante personalidad.

Pide á la lectura ó á la vista motivos de impresión personal para poder expresarlos con deslumbradora truculencia de colores y proyecciones luminosas; es un escamoteador de gemas.

« ¡ Oh! 1804, hermosa época para haber nacido en ella », decía Jules Janin. Como nació en dicho año, fué un hombre que estuvo muy contento con su suerte. Y no tuvo nunca motivos para quejarse de ella; llegó rápidamente á la tribuna literaria del *Journal des Débats*. Durante veinte años frecuentó los teatros con su cara de pascuas, adornada con un collar de barba, riendo y hablando con la misma actitud en que se le ve en el cuadro de Lazergues, le *Foyer de l'Odéon*, siempre jovial y de buen humor, y dispuesto siempre á lanzar una frase picante ó una broma fácil. Aquel hombre gordo era abundante, divertido y pintoresco; sus lectores eran sus confidentes y les hablaba mucho de su persona con franqueza y simpatía. ¿Cómo hubiera podido tener influencia, puesto que no defendía nada determinado y se divertía con todo? Aplaudía á Andrómaca y aprobaba á Hermione; rompió en un principio algunas lanzas en favor de Ponsard, lo cual no le impidió romper las últimas sobre sus espaldas; se extasió con Balzac antes de pedir « botas de pocero » para aventurarse entre el fangó de sus obras. Fué sólo agradable, pero no ejerció influencia, pues desdeñó el relacionar sus juicios con una doctrina y esta doctrina con algún principio que diese á su obra carácter perdurable. Fué un verdadero periodista.

El Sr. Janin se divierte evidentemente con lo que escribe. Es el medio más seguro de triunfar, de estar siempre de vena é inspirado; hace con placer y con ligereza lo que sería para cualquier otro una tarea fastidiosa y pesada. Abrazando en su universal jurisdicción (cosa que, según creo, no se había visto hasta entonces) todos los teatros, hasta los más insignificantes, obligado á hablar de mil cosas que la mayor parte de las veces no valen la